

á todas horas muchos pobres que reciben la limosna de los religiosos, único auxilio de que viven. En la escuela de niños conté ochenta y nueve individuos y ciento siete en la de niñas dirigida por las religiosas de S. José, entre las que había una jóven árabe admitida á la profesion de este instituto.

La casa de Simon, donde se hospedó S. Pedro durante su permanencia en Joppe, no es el sitio que ocupan los Franciscanos como creyó algun viajero (1), ni estos religiosos lo pretenden, sino que al contrario acordes con la constante tradicion, señalan una pequeña mezquita ú oratorio musulman no léjos del mar como el lugar donde el Apóstol recibió la visita de los domésticos de Cornelio, que le pedian en nombre de su amo fuese á evangelizar en Cesarea.

Iba ya á salir de Palestina, y paseando sobre las lomas que rodean á Jafa, daba mi adios á la patria de los profetas y cuna del cristianismo, revolvía su historia de cuatro mil años, veía su actualidad, y para el porvenir ¿cuál será su suerte? me preguntaba. La Europa católica, olvidada de la Tierra Santa, que le fué tan cara en la edad média, la abandonó hace casi un siglo, perdiendo los derechos que con las armas en la mano ganaron nuestros abuelos. Un conquistador famoso que paseó la Europa casi entera al frente de sus formidables batallones desembarcando en Palestina, no se dirigió á Jerusalem para ofrecer sacrificios, como Alejandro, á quien igualó en gloria, sino al contrario declaró que « Jerusalem no entraba en su línea de operaciones, » porque á Jerusalem como á toda la Tierra Santa no había llegado aun la época de sacudir el pesado yugo que la oprime. La España, que largo tiempo contó como una de sus obligaciones mas sagradas proteger los Lugares santos, oprimida por una serie de desgracias, dividida por la guerra civil, invadida por el socialismo, despedazada por el furor

(1) M. Mislin entre otros.

de los revolucionarios y presa de la anarquía, exánime y sin arbitrios para levantarse de su postracion, mira la Palestina con la misma indiferencia que sus bellas posesiones del Occidente, que perdió á una con el prestigio que le daban sus escuadras dominadoras del Océano. La Francia, recién salida de las agitaciones y de los trastornos, consecuencia de la gran revolucion, ve subir al trono de S. Luis una rama de los Borbones: á este vuelven sus ojos los cristianos de Tierra Santa; pero el sucesor de aquel piadoso rey, que todo lo sacrificaba por ganar el Sepulcro de Jesucristo, no responde al llamamiento que le hace la Palestina recordándole compromisos de seis siglos que pesan sobre la Francia, sino enviando su retrato, para que fuese colocado en la basílica del Santo Sepulcro, allí donde tienen su lugar los de S. Luis, Balduino y Godofre de Bullon. ¡Como si él hubiese podido alegar el mismo mérito que alguno de estos! Nápoles y el Piamonte luchando con la anarquía y la revolucion, y la Inglaterra separada de la unidad católica, ningun rayo de esperanza podian ofrecer del restablecimiento de la influencia cristiana en el país donde nació la fe de Cristo; y la voz augusta que unía á los príncipes cristianos para combatir contra los profanadores de los Lugares santos, apenas podia percibirse entre las de una muchedumbre de ateos y de incrédulos, apoderados del poder en casi todos los reinos de la Europa. En medio de una época tan calamitosa para la Palestina y para todo el catolicismo, el Pontífice fué el único soberano que no olvidó existir Jerusalem, y que era ella la cuna de la fe y la tierra de sus misterios. Él veía acercarse el terrible sacudimiento que conmovió la ciudad eterna; pero sin temerlo, lleno de confianza en una promesa que vale mas que el poder unido de todos los ejércitos, se sentó tranquilo sobre la cátedra de S. Pedro, restableció solemnemente el patriarcado de la ciudad santa, é impuso las manos sobre la cabeza del elegido para sucesor de S. Macario y S. Cirilo. La República se proclama en Francia, y

un deudo del conquistador famoso que declaró « no entrar en sus planes de conquista libertar Jerusalem, » elevado á presidente por el libre sufragio de los pueblos, vuelve sus ojos al Oriente, y se informa del estado de los Lugares santos; oye con atencion las relaciones del venerable patriarca, y le promete proteger con todo su poder los derechos del catolicismo, usurpados por los Griegos y conculcados por los musulmanes. La Francia, llena de entusiasmo, abraza entónces la causa de los Lugares santos, y la República sostiene con energía los derechos del catolicismo, que olvidaron los reyes. La República, y permítase repetirlo á quien es hijo y ciudadano de un país libre, la República, que restableció al Papa en su trono pontifical, vindicó para la Francia la proteccion de los Lugares santos, que miraron con desden tantos sucesores de Luis IX. La marcha que trazó siendo presidente de la República, claro es que continuará siendo emperador Luis Napoleon; sus hechos lo indican bastante claro. El gobierno austriaco miétras tanto, siguiendo sus tradiciones de tantos siglos, vuelve su vista constantemente sobre Palestina, y socorre con generosidad los Lugares santos; instituye como la Francia un cónsul en Jerusalem, y le encarga servir con celo á los religiosos súbditos del imperio, ocupados en la custodia de los santuarios. No pensamos equivocarnos al creer que la suerte de estos va á cambiar; cómo ó de qué modo, difícil será preverlo. Un escritor hacia á este propósito las siguientes reflexiones, que nos será permitido reproducir:

« Tan pronto como fué necesario socorrer á los Turcos contra la Rusia, el pensamiento de libertar los Lugares santos del yugo musulman se ha pronunciado uniforme en todo el imperio frances; todos esperan de esta guerra el renacimiento del reino cristiano de Palestina.... Al lanzarse en el campo de batalla la Francia y la Inglaterra á combatir por la Turquía, han declarado, es verdad, con abnegacion y generosidad sin ejemplo, que nada quieren, ni nada reci-

birán de esta, ni aun como indemnizacion de los enormes gastos emprendidos para hacer la guerra. Mas la Turquía por su parte puede realizar por la Europa cristiana un acto que acredite su reconocimiento por aquellos sacrificios. La parte del imperio turco que los cristianos llaman Tierra Santa no produce al sultan sino cantidades insignificantes; ninguna posicion militar importante, ninguna fortaleza de primer órden, ni punto alguno encierra que sea esencial para la defensa del imperio. Su interes, al contrario, es todo relativo á los cristianos: en ella nació y murió Jesucristo, en ella se realizaron los misterios mas augustos del cristianismo, y por eso es ella tan cara para todos los que tienen fe. Á esta tierra corrió la Europa entera en la edad média para librarla del poder musulman: los cruzados no llenaron su objeto sino á medias, y fueron forzados luego á retirarse abandonando sus conquistas; mas el pueblo cristiano no ha cesado de lamentar la pérdida de la Tierra Santa, dominada por hombres que desconocen y desprecian á Jesucristo.

» La Inglaterra jamas tuvo derecho alguno que alegar á la posesion de Palestina, ni ménos la Prusia, aun cuando haya enviado despues un obispo mixto á Jerusalem. El nuevo poder que llegaria á instalarse, atendida la naturaleza de los habitantes de Tierra Santa, toleraria todos los cultos, y los trabajos apostólicos de los misioneros europeos no tardarian en borrar la supersticion de los cismáticos y el fanatismo de los mahometanos. Con esta condicion nada tendrian que perder la Prusia ni la Inglaterra, y probablemente consentirian con toda su voluntad en la cesion de Palestina.

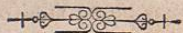
» No quedan sino la Francia y el Austria, dos naciones católicas y ligadas con mil vínculos á la Santa Sede, que podria ser muy bien el depositario de los Lugares santos. ; Cuántas pruebas de amor filial, cuántas señales las mas profundas de veneracion no ha dado el actual emperador

de Austria al Sumo Pontífice ! ; Y cuántos nobles sacrificios no ha hecho la Francia en tantos siglos por la conquista de Palestina y por el Papa !

» Si la civilizacion actual no permite una cruzada , el deseo dominante en las naciones católicas de ver libre la Palestina de la dominacion otomana no es por eso ménos vivo , ni ménos entusiasta. Volver la Tierra Santa á los cristianos seria colmar de alegría á esos pueblos que abren sus tesoros y envian sus ejércitos para socorrer al sultan. No seria un simple don , bien entendido , sino una cesion en virtud de indemnizaciones pecuniarias , que á la vez llenaria los deseos del cristianismo entero y seria un medio de socorrer las arcas extenuadas de la Puerta (1). »

¡ Ojalá que estas consideraciones tan populares en la Francia y en la Alemania católicas influyan en el ánimo de los que dirigen la política de los Estados poderosos de la Europa ! Desde que la guerra de Oriente ha preocupado todos los espíritus de los políticos en el Viejo Mundo , el pensamiento católico , convertido tambien al Oriente , ha abrigado las esperanzas mas risueñas del porvenir de la Palestina. ¡ Ojalá , repetimos , veamos realizadas estas esperanzas , auxiliadas por el sentimiento unánime del catolicismo del Viejo y del Nuevo Mundo !

(1) *Appel aux Catholiques.* (M. J. Michel.)



CAPÍTULO XX.

El desierto. — Alejandria de Egipto. — Los recuerdos de Cleopatra al frente de otros consagrados á una heroína de Alejandria. — Institutos de beneficencia. — La Mezquita de los Setenta. — Estado del cisma griego. — Reflexion hecha al pié de la columna de Pompeyo. — El Nilo. — Llegada al Gran Cairo. — Fisonomía de la ciudad. — Gran mezquita de Mehemet Ali. — Los oficios de los ulemas. — Cuatrocientas mezquitas. — El pozo de José. — Generosidad de Abdul-Mejid. — Catedral copto-católica. — Sencillez de los presbíteros negros. — Escuelas de propaganda. — El sicomoro y los monjes. — Gran depósito de esclavos. — Redencion de estos por el catolicismo. — Ruinas de Méfis. — Fisonomía imponente de las Pirámides.

El sol iluminaba con sus postreros rayos las montañas de Efrain y de Saron , y la cumbre del Carmelo se veía muy distante cuando yo contemplaba quizá por última vez la Palestina. Gaza , poco despues el desierto y los altos cerros de la Arabia ofrecen un paisaje melancólico ; mas cuando la imaginacion penetrando sus vastas soledades coloca á un lado las imponentes escenas del Sinaí y del Horeb , los prodigios de la vara de Moises , ve al cielo que se abre para enviar comida , á las piedras que brotan agua y á la tierra codornices ; y mira en otro al pueblo que recibe favores tan singulares elevar un becerro y quemarle el incenso reservado para Dios , murmurar contra su caudillo , y desconocer aquellos mismos beneficios ; entónces ni acierta , ni puede dominar los movimientos del corazon que condena la dureza de los Israelitas para ser fieles á un Dios , que sabe mostrarse grande en la malicia de los hombres y bueno en